



Historia de un perro callejero

Ricardo Cabrera

Septiembre 07, de 2020

El perro vio llegar a la gente, el movimiento había comenzado desde muy temprano, se acercó curioso para ver de qué se trataba, algo importante estaba por ocurrir pensó, la gente no llega en manada, así como así. Lo único cierto,

es que las patadas y los chús, se multiplicaron, nadie lo quería cerca, eso era normal, en su cuerpo se veían múltiples cicatrices, ya eran viejas, algunas ni siquiera recordaba cómo se las había ganado, en los cuartos traseros aun le quedaba el recuerdo en piel sin pelos, del caliente líquido que salió de una olla, y tras ella una mujer que rompió con el encanto de su primera conquista, a él le fue mejor, la hembra, según recordaba, se quedó aullando de dolor, tirada en la fría



acera. Es verdad, que salieron algunos vecinos indignados, él los pudo ver desde la esquina, pero en realidad lo que deseaba era regresar, arrastrar el cuerpo doliente de su compañera, ella seguía tirada, quienes pasaban la veían con tristeza, pero nadie hacía nada, por la tarde de ese mismo día, llegaron los de la perrera, la subieron al carro del que no se regresaban. A modo de recuerdo, solo quedó una mancha blanca de cal.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Sí, su vida no había sido fácil, el parque siempre estaría para él, tan lleno de recuerdos, le encantaban los domingos, entonces daba rienda suelta a su alegría, recordaba uno en especial. todos los días amanecía hambriento, pero ese día en especial, ¡carajo! las tripas se movían como si desearan salir ellas mismas a buscar comida. Comenzó a caminar, para distraer el hambre, pero el ejercicio matutino solo la acrecentó. Intentó en un par de ocasiones, se acercó a algunos paseantes que llevaban comida en las manos, gruño suave y amistoso, no deseaba asustar a nadie, menos si traían niños pequeños. Pero el resultado fue siempre el mismo, un zape, una patada que se perdió en el aire gracias a su agilidad, y se terminaba retirando, con la cola caída, con las oreas esperando le cubrieran los ojos.

Bebió un poco de agua, pero el líquido solo contribuyo a recordarle con una punzada de dolor que aún no había comido. ¡Mierda! no era posible ocupar su mente en otro pensamiento que no fuera comida.

Desde lejos, vio a un hombre sentado en una banca, casi en el centro del parque, sostenía un libro e iba de traje, sin saber porque se acercó —con algo de miedo por supuesto—, no fuera a lanzarle el objeto cuadrado que sostenía entre sus manos.

Tal vez, la curiosidad, cercana al descaro con la cual se quedó mirando al hombre —esa mirada tan llena de expectación que tienen los perros—, la insistencia del chucho, que lo miraba, sentado sobre sus cuartos traseros, lo sacó de su concentración en el cuadrado de papel que leía algo.

Entonces, sucedió lo impensable, le hizo una seña ´para que se acercara. El pobre perro, sin dar crédito, imaginando que alucinaba a causa del hambre, se mostró reacio al principio, pero las palabras, ininteligibles para él, no así el tono, cargado de dulzura, de sencillez; era la primera ocasión en su vida que ocurría algo así, bueno también cuando devolvió el globo a un niño, pero en esa ocasión la magia había durado tan poco, sus padres, eran iguales a la demás gente.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Se acercó muy despacio, un movimiento suave de cola, solo apenas perceptible, no vaya a incomodarse y me largue un golpe cuando ya este cerca. ¡Exacto! ¿Y, si es una trampa? ¿Si desea que me acerque para acomodarme mejor el golpe? mientras estas preguntas tenían lugar en su cabeza, continuó avanzando, perdió la dimensión del espacio y del lugar, solo se dio cuenta que ya estaba a un lado de la banca y que el hombre largaba la mano para tocarlo.

¡no puede ser! ¡no es a mí! ¡tan sucio y harapiento como voy! pero no había duda alguna, la mano esperaba por su cabeza, ¿y, que tal si encuentra una garrapata? ¡que nervios! ¡que emoción! ¡estaba por recibir una caricia verdadera! la primera de su vida, porque los lengüetazos de su madre —de la que nunca supo que pasó con ella, salió por comida y no regreso—, esos no contaban.

El hombre colocó su mano sobre su cabeza, en una forma tan delicada, tan suave. De modo que ¿eso era una caricia? había escuchado de la sensación, a través de un perro que alguna vez fue mimado y vivió en una casa real, incluso, tenía collar, lo mostraba con orgullo como si fuera una medalla ganada en combate. Y pa ellos, lo era, desde su perspectiva, pensaban, que los perros llegaban con la misión de hacer felices a los demás, después, en forma abrupta eran lanzados a la calle, imaginaban que tenían que padecer toda clase de iniquidades por haber sido merecedores de una buena vida.

Y, allí estaba él, con su lengua rosa, que colgaba sobre uno de los lados de su hocico, recibiendo una caricia de un extraño, mientras con la otra mano sostenía el objeto que dejara a un lado para prestarle atención a él, a un perro callejero. Pensó que ese era su último día, que, de un momento a otro, con seguridad, la red de los perreros caería encima de él, que todo era una ilusión y, que muy probablemente era víctima de una nueva forma de ser atrapado.

—¡Qué importa! valdrá la pena —se dijo para sí mismo.



De por sí, estaba casi al borde del infarto, pensó que moriría de la emoción, con el asunto de la caricia, hasta el hambre había perdido ¿eran mágicas entonces? ¿las manos humanas tenían ese poder? ¿curaban el hambre con una caricia?

—¡Pues entonces, quiero más!, ¡quiero llenarme de ellas, hasta hartarme! no, nunca podía hartarme de las caricias, reflexiono con tristeza.

El hombre distrajo la caricia y se perdió dentro de una bolsa de papel, y reapareció después, con un gesto teatral ¡que prodigio! ¡debía ser un mago! entre los dedos del hombre, danzaba un emparedado, estaba completo, seguro era su desayuno, lo abrió lentamente.

—¡Por favor! ¿qué nueva forma de crueldad es esa? yo me movía de un lado a otro, bailando sobre mi trasero y con mi lengua que se había convertido en agua dentro de mi hocico.

Me lo ofreció, el hombre me regalaba su emparedado, yo, no podía creerlo, las lágrimas asomaron a mis ojos y entonces, lo comí. Se sentía tan bien, era fresco, los sabores, el olor, nunca en toda mi vida creí comer algo que no viniera de la basura. En mi barriga se desarrollaba una pelea, las tripas se habían convertido en verdaderas fieras, se arrebatan el alimento y me ocasionaba algunos malestares, creo que hasta un gas deje escapar.

El hombre, con seguridad se percató de mi alegría —cercana al orgasmo— y extrajo ahora un panecillo que aparecía un pequeño domo, iba circundado con un vestido rojo y brillante que le llegaba hasta la mitad, y como olía, era imposible de creer. Le quito el vestido de papel y me lo dio ¡completo! ¡solo para mí! el postre consistió en más caricias sobre mi cabeza agradecida. Sin pensarlo, le lamí la mano, me arrepentí en seco, ¡y si pensaba que era yo un atrevido? Pero el continuo en el ejercicio de acariciarme la cabeza y debajo del hocico.

Todo terminó tan repentinamente como había comenzado, él se despidió de mí, y se fue, yo lo seguí por supuesto, aunque solo fue un par de metros, él se volvió,



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

me dirigió una mirada cargada de afecto, y también me hizo ¡chu!, pero fue un ¡chu! diferente, fue más bien una invitación a que no lo siguiera, y eso hice, me quede parad ahí, sobre los adoquines, fijo como una piedra, pensando que había sido producto de mi mente enfebrecida por la falta de alimentos. Pero mi barriga llena decía lo contrario.

La complicidad del encuentro se repitió durante muchos domingos, tantos, que, aunque; no podía considerarme su perro, eso no me importaba, yo llegaba puntual a la cita, como la gente que se metía al edificio gris que estaba en el fondo del parque y que tenía una cruz en la punta. La gente cataba allí, y salían riendo, se los veía felices. Pero aprendí a fuerza de golpes en las costillas, que esos, eran los más crueles. Después de golpearme continuaban repartiendo saludos y sonrisas. Ya no me acercaba a ellos.

—La última vez que lo vi, lo recuerdo bien, vestía el mismo saco, gris y llevaba el mismo objeto cuadrado, por supuesto la bolsa de papel, la cual no me hubiera importado que olvidara —pesar del hambre—, pero en esa ocasión olía diferente, olía como yo. Uno aprende a oler la tristeza ¿saben? su cara no se veía igual, yo por supuesto, intenté ganarle una sonrisa a ese rostro marchito, pero apenas si ocurrió a través de una pobre mueca. Me restregué en sus piernas, pero no hubo efecto. Después de un rato, se levantó, lo vi alejarse, como de costumbre, caminé tras él, pero no me miró, no hubo un ¡chu! de despedida, simplemente se fue.

—Al domingo siguiente, él no estaba en la banca, siempre creí, que esta era su propiedad, y ahora un par de sinvergüenzas lo ocupaban, juntaban sus bocas y no me ponían atención, entonces uno de ellos me miró, le correspondí con un ladrido lleno de coraje. El hombre del traje debía estar al llegar y no podían ocupar ese lugar. Intentaron largarme, pero no pudieron, viéndome tan decidido, no les quedo más que irse.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial



—Me subía a la banca, eso estaba prohibido para nosotros, los callejeros, ¡que me importaba! ¡me quedaría allí a hacer guardia! Pero él no llegó. Me recriminé mil veces ¿Y si había llegado antes? ¡estúpido de mí! perdiendo

el tiempo en el correteo de las palomas.

—Yo continúe llegando cada domingo, pero él, no. Y ahora, que hacía toda esa gente frente a la banca del hombre que me alimentaba, intenté abrirme paso entre el mar de piernas que estaban frente a mí, me costó mucho trabajo. Un último obstáculo, una señora gordita con un entallado vestido rosa y unas nalgas tan opulentas que podían servir para colocar un libro abierto.

Yo, no estaba dispuesto a soportar tantos ¡chus! en un mismo día como para quedarme parado detrás de la muralla rosa. Sin pensarlo mucho, le tire una mordida, bueno, una mordida chiquita, de esas que entre nosotros son una caricia. Pero al parecer a ella o le gustó mucho, la vi girar, su cara estaba igual que el color del vestido y sus ojos encendidos de furia, aunque esta vez no fue contra mí. Su mano se estrelló en la cara de un descuidado hombre de sombrero negro, que provocaba risa.

Pensé que el bigote se le desprendería, los deje peleando, y yo me quedé sentado en primera fila, soporte un par de zapes dados con el pie, pero no me moví.

—Un señor que hablaba en forma ceremoniosa, como en el campo donde hay muchas cruces y al cual fui una vez, pero no me gusto, ahí los humanos se juntan y lloran. Yo, tenía suficientes lágrimas en mi vida como para pensar en otras.



—¡Bla, bla, bla! el hombre no paraba de hablar, y, yo, francamente ya estaba aburrido, me hubiera ido, de sor por la curiosidad, quería ver que había bajo la manta que cubría algo en la banca donde se sentaba el señor que me alimentaba con caricias que impedían que yo sintiera hambre hasta la próxima visita.

—Por fin, levantó la manta ¡no podía creerlo! ¡era mi amigo! miraba hacia donde yo llegaba —es decir a un lado de la banca, como buscándome—

—¡Hey! ¡acá estoy! mi ladrido fue tan fuerte que esta vez ya no fueron chus, si no golpes decidido que me obligaron a irme. Me fui en franca escapada, ya vendría después.

—Esperé a que se retiraran, ¡el continuaba allí! me acerqué con desparpajo meneando la cola, le ladré bajito, pero él no parecía verme, ni oírme, lengüeteé su mano, eso no fallaba. La sentí horriblemente fría, con sabor a metal. Pero si era él, sostenía el objeto que llevaba siempre. pero no hubo caricias, y, él, no se fue. Se quedó sentado, día y noche. Yo lo veía al pasar y él continuaba allí. Con frío y con calor.

Yo seguía fiel a los domingos, y me acercaba, le hacía compañía siempre, me quedaba con él, todo el día, no me importaba si llovía. Yo seguía allí.

La gente se acostumbró a verme en ese lugar, era curiosos, pero parecía que me había traído buena suerte el trasladarme hasta allí —y puedo decir que con seguridad mi amigo me protegía—, me lanzaban comida, y buena comida, entonces, decidí mudarme en forma permanente. Fue la etapa más feliz de mi vida.

Me quedé a sus pies, y ocasionalmente me levantaba sobre mis patas y le ladraba, desde un constado, donde tenía su vista.

El tiempo pasó, un día, yo no me pude levantar, me sentía muy cansado, nada me dolía, pero mis ojos se negaban a abrirse. Ni siquiera opuse resistencia cuando sentí la red encima de mí, por fin me tenían, los de la perrera, movieron la cabeza y me llevaron.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

No sé cuánto tiempo pasó, pero es extraño, escucho voces, y hay una tela que me cubre, no veo nada, solo escucho voces, y, otra vez, la voz principal es de un señor que habla raro. Levantan la tela blanca, la gente está enfrente de mí, aplauden y se acerca a acariciarme, pero yo no me puedo mover para dar las gracias, me quedo allí parado sobre la pierna de mi amigo que intenta acariciarme.

Ahora estamos los dos juntos, ahora sí soy su perro, ¡para siempre! 